

HISTORIA DEL TEATRO CUYAS (IV)

CIRCO-TEATRO CUYÁS: RECUERDOS DE INFANCIA Y JUVENTUD

LUIS GARCÍA DE VEGUETA



Un buen recuerdo de infancia, el Circo Cuyás y las sesiones de cine, con el público emocionado ante las aventuras en el *far-west* americano o las carreras a trompicones de Tomasín, el cómico de los anchos pantalones y la cara blanca, enharinada. Vivíamos cerca, junto al reloj de Triana, y mi hermano mayor me llevaba de la mano al Cuyás, pues yo tenía entonces cinco años, en vísperas del traslado familiar a Vegueta. Era mi primera película y todavía recuerdo el título, *La bala de bronce*.

Don Salvador Cuyás y Prats, un catalán avecinado en nuestra isla, consignatario de buques y promotor de diversos negocios casi siempre arriesgados, hizo construir a fines del siglo XIX el circo que llevaba su nombre en el amplio patio que había quedado tras unos edificios de la calle Viera y Clavijo. La obra se realizó en madera, según planos del arquitecto Laureano Arroyo, con una pista redonda en el centro y alrededor el espacio de las sillas, los palcos y las gradas de general.

A un lado estaba el escenario para espectáculos teatrales, y en tal caso la pista dedicada a circo ecuestre se convertía en patio de butacas. Un éxito social y de público marcó el triunfo de aquel local polivalente —circo, teatro y luego cine— hasta que a finales de la primera década del siglo XX, un incendio convirtió en pavesas el invento de don Salvador.

El Circo Cuyás debió reconstruirse poco después y con parecido aspecto a la imagen original, ya que mis recuerdos infantiles, cuando he cumplido los noventa años de edad, evocan de manera precisa el nuevo y pintoresco recinto con columnas, entramado, barandas y traviesas de madera pintadas de blanco, con adornos encarnados; sin duda fiel reflejo del primitivo edificio que proyectó Arroyo. Allí tuve ocasión de asistir con mis padres y hermanos casi siempre y en otras oportunidades con amigos y compañeros de colegio, a diversas funciones de variedades, de circo ecuestre, teatro o revista, cine mudo y luego hablado, funciones dedicadas a la magia y al hipnotismo, conciertos musicales o actuaciones de solistas, y suma y sigue.

En la pista central vi actuar a Troupe Frediani y sus célebres equilibristas; a los payasos, caballos y perros amaestrados, las bailarinas... También había luchas canarias y peleas de gallos, antes de construirse el pabellón exterior. Y en el escenario se sucedían los espectáculos: las cupletistas y tonadilleras, el humorista Ramper y su genial surrealismo; la actriz Rosario Pino y otros grandes actores; las películas de Mary Pickford, Pamplinas (Buster Keaton) y la Pandilla, con el negrito Farina; el largo período de Rafael Arcos y las hermanas Gómez... Y ya de muchacho, una tarde de jueves —sin clases en el colegio— la película *La casa de la Troya*, con las travesuras del estudiante Pitouto en Santiago de Compostela.

Y al paso del tiempo, en vísperas de la República, la madera deja paso al hormigón y la arquitectura racionalista de Miguel Martín Fernández de la Torre brinda a Las Palmas de Gran Canaria el Cine Cuyás, mientras Laura la Plante sustituye a Mary Pickford, y las películas sonoras arrinconan al trío musical de Prieto, Conchs y Ribó, que amenizaba los descansos. Había Llegado la hora de *El desfile del amor*, de Chevalier, o la juventud isleña, y se acercaba el *Sólo ante el peligro*, de Gary Cooper, con mi incierto porvenir personal tras la reválida de bachillerato en La Laguna. La vida, amigos.

